

La reina de las nieves

Cuento en siete relatos

EL ESPEJO Y SUS FRAGMENTOS

Primer relato

¡Empecemos! Al llegar al final de nuestra historia, sabremos más que ahora. Pues bien, vivía un troll, malvado hasta lo extremo; era el mismo diablo. Una vez se hallaba de especialmente buen humor: fabricó un espejo en el cual todo lo bueno y hermoso disminuía hasta lo ínfimo, mientras que todo lo indigno y feo, por el contrario, resaltaba aún más brillante, parecía aún peor. Los paisajes más encantadores aparecían en él como espinacas cocidas, y las mejores personas como monstruos o parecían estar cabeza abajo y sin vientre. Los rostros se deformaban hasta resultar irreconocibles; si alguien tenía una pecas o un lunar en el rostro, este se extendía por toda la cara. Todo esto divertía enormemente al diablo. Un pensamiento humano bondadoso y piadoso se reflejaba en el espejo como una mueca inconcebible, de modo que el troll no podía dejar de reír, regocijándose con su invención. Todos los discípulos del troll —pues tenía su propia escuela— hablaban del espejo como de una especie de milagro.

—¡Ahora sí —decían— puede verse el mundo entero y a las personas en su verdadera luz!

Y corrían con el espejo por todas partes; pronto no quedó país ni persona que no se reflejara en él deformada. Finalmente, quisieron llegar hasta el cielo para burlarse de los ángeles y del propio Creador. Cuanto más alto subían, más se torcía y contorsionaba el espejo bajo las muecas; apenas lograban sostenerlo en sus manos. Pero he aquí que ascendieron un poco más, y de pronto el espejo se deformó tanto que se les escapó de las manos, cayó hacia la tierra y se hizo añicos. Millones, billones de sus fragmentos causaron, sin embargo, aún más desgracias que el propio espejo. Algunos de ellos no eran mayores que un grano de arena, se dispersaron por el ancho mundo, cayeron, случилось, en los ojos de las personas y allí permanecieron. La persona con tal fragmento en el ojo comenzaba a ver todo al revés o a percibir en cada cosa únicamente sus aspectos malos, pues cada fragmento conservaba la propiedad que distinguía al espejo mismo. A algunas personas los fragmentos penetraron directamente en el corazón, y esto fue lo peor: el corazón se convertía en un trozo de hielo. Había entre estos fragmentos algunos grandes, tales que podían insertarse en marcos de ventanas, pero ¡ay de quien

mirara por esas ventanas a sus buenos amigos! Finalmente, hubo también fragmentos que sirvieron para hacer anteojos, ¡pero qué desgracia si las personas se los ponían con el propósito de observar las cosas y juzgarlas con mayor precisión! Y el malvado troll reía hasta retorcerse: ¡tan agradablemente le cosquilleaba el éxito de su invención! Pero por el mundo volaban aún muchos fragmentos del espejo. ¡Escuchemos pues!

EL NIÑO Y LA NIÑA

Segundo relato

En una gran ciudad, donde hay tantas casas y tantas personas que no todos logran cercar siquiera un pequeño rincón para un jardincillo, y donde por ello la mayoría de los habitantes deben conformarse con flores de interior en macetas, vivían dos niños pobres, pero ellos poseían un jardincillo mayor que una maceta de flores. No eran parientes, pero se querían como hermano y hermana. Sus padres vivían en buhardillas de casas contiguas. Los tejados de las casas casi se tocaban, y bajo los aleros corría una canalón de desagüe que quedaba justo debajo de la ventana de cada buhardilla. Bastaba, pues, dar un paso desde cualquier ventana hacia el canalón para encontrarse junto a la ventana de los vecinos.

Los padres tenían cada uno una gran caja de madera; en ellas crecían hortalizas y pequeños arbustos de rosas (uno en cada caja), cubiertos de maravillosas flores. A los padres se les ocurrió colocar estas cajas transversalmente sobre los canalones; así, de una ventana a otra se extendían como dos hileras de flores. Los guisantes colgaban de las cajas en verdes guirnaldas, los rosales se asomaban a las ventanas y entrelazaban sus ramas; se formó algo así como un arco triunfal de verdor y flores. Como las cajas eran muy altas y los niños sabían perfectamente que no debían trepar sobre ellas, los padres permitían a menudo que el niño y la niña fueran de visita uno a otro por el tejado y se sentaran en un banquito bajo las rosas. ¡Y qué juegos tan alegres organizaban allí!

En invierno este placer cesaba: las ventanas solían cubrirse de dibujos de hielo. Pero los niños calentaban monedas de cobre en la estufa y las aplicaban contra los cristales helados; inmediatamente se derretía un maravilloso agujerito redondo, y por él asomaba un ojito alegre y cariñoso: así se miraban mutuamente desde sus ventanas el niño y la niña: Kai y Gerda. En verano podían saltar de un brinco a visitarse uno a otro, mientras que en invierno había que bajar primero muchas, muchas escaleras y luego subir otras tantas. Afuera revoloteaba la nevada.

—¡Son enjambres de abejas blancas! —dijo la abuela.

—¿Tienen también ellas una reina? —preguntó el niño; sabía que las abejas verdaderas la tienen.

—¡Sí! —respondió la abuela—. Los copos de nieve la rodean en denso enjambre, pero ella es mayor que todos y nunca permanece en la tierra: vuela eternamente sobre una nube negra. A menudo, durante la noche, surca las calles de la ciudad y mira por las ventanas; ¡por eso mismas se cubren estas de dibujos de hielo, como si fueran flores!

—¡La vimos, la vimos! —dijeron los niños y creyeron que todo aquello era pura verdad.

—¿Y la Reina de las Nieves no puede entrar aquí? —preguntó la niña.

—¡Que lo intente! —dijo el niño—. ¡La sentaré sobre la estufa caliente y se derretirá!

Pero la abuela le acarició la cabeza y cambió de conversación.

Por la noche, cuando Kai ya estaba en casa y casi completamente desvestido, preparándose para acostarse, trepó a una silla junto a la ventana y miró por el pequeño círculo derretido en el cristal. Fuera revoloteaban copos de nieve; uno de ellos, algo mayor, cayó sobre el borde de la caja de flores y comenzó a crecer, crecer, hasta que finalmente se transformó en una mujer, envuelta en el tul más fino, tejido, al parecer, de millones de estrellitas de nieve. Era tan hermosa, tan delicada: toda de hielo cegadoramente blanco y, sin embargo, viva. Sus ojos brillaban como estrellas, pero en ellos no había calor ni dulzura. Hizo una señal afirmativa al niño y lo llamó con la mano. El muchachito se asustó y saltó de la silla; junto a la ventana pasó fugazmente algo parecido a un gran pájaro.

Al día siguiente hizo un frío espléndido, pero luego llegó el deshielo, y tras ello llegó la primavera radiante. El sol brillaba, las cajas de flores volvieron a estar llenas de verdor, las golondrinas construían nidos bajo el tejado, las ventanas se abrieron, y los niños pudieron nuevamente sentarse en su pequeño jardincillo sobre el tejado.

Las rosas florecieron todo el verano maravillosamente. La niña aprendió un salmo en el cual también se hablaba de rosas; la niña lo cantaba al niño, pensando mientras tanto en sus rosas, y él le hacía coro:

Ya florecen las rosas en los valles,
¡el Niño Jesús está con nosotros!

Los niños cantaban tomados de la mano, besaban las rosas, miraban al sol claro y conversaban con él: les parecía que desde él los contemplaba el propio Niño Jesús. ¡Qué verano tan maravilloso y qué bien se estaba bajo los arbustos de rosas fragantes, que parecían destinados a florecer eternamente!

Kai y Gerda estaban sentados examinando un libro con ilustraciones de animales y pájaros; en el gran reloj de la torre dieron las cinco.

—¡Ay! —exclamó de pronto el niño—. ¡Me pinchó прямо en el corazón y algo me entró en el ojo!

La niña rodeó su cuello con sus bracitos, él parpadeó, pero nada se veía en ninguno de los ojos.

—¡Debe haber salido! —dijo él.

Pero justamente ocurría que no. En el corazón y en el ojo le habían penetrado dos fragmentos del espejo diabólico, en el cual, como recordaremos naturalmente, todo lo grande y bueno parecía insignificante y repugnante, mientras que lo malo y perverso se reflejaba aún más brillante, los aspectos negativos de cada cosa resaltaban con mayor crudeza. ¡Pobre Kai! Ahora su corazón debía convertirse en un trozo de hielo. El dolor en el ojo y en el corazón ya había pasado, pero los propios fragmentos permanecieron en ellos.

—¿Por qué lloras? —preguntó él a Gerda—. ¡Uf! ¡Qué fea estás ahora! ¡No me duele nada en absoluto! ¡Fu! —gritó luego—. ¡Esta rosa la carcome un gusano! ¡Y aquella está totalmente torcida! ¡Qué rosas tan horribles! ¡No son mejores que las cajas en las que crecen!

Y empujando la caja con el pie, arrancó dos rosas.

—Kai, ¿qué haces? —gritó la niña, pero él, al ver su espanto, arrancó otra más y huyó de la pequeña y adorable Gerda hacia su ventana.

¿Le traía después la niña el libro con ilustraciones? Él decía que aquellas imágenes solo servían para bebés de pecho. ¿Le contaba algo la abuela? Él buscaba pega a cada palabra. ¡Y eso no era todo! Llegó hasta el punto de imitar su manera de caminar, ponerse sus anteojos y remediar su voz. Resultaba muy

parecía y hacía reír a la gente. Pronto el niño aprendió a imitar también a todos los vecinos; sabía muy bien poner en evidencia todas sus rarezas y defectos, y la gente decía:

—¡Qué cabeza tiene este muchacho!

Y la causa de todo eran los fragmentos del espejo que le habían entrado en el ojo y en el corazón. Por eso imitaba incluso a la linda pequeña Gerda, que lo amaba con todo su corazón.

Y sus diversiones se volvieron ahora completamente distintas, tan complicadas. Una vez en invierno, cuando caía ligeramente la nieve, apareció con una gran lupa y colocó bajo la nieve el faldón de su chaqueta azul.

—¡Mira a través del cristal, Gerda! —dijo él.

Cada copo de nieve parecía bajo el cristal mucho mayor de lo que era en realidad, y se asemejaba a una flor lujosa o a una estrella de diez puntas. ¡Era algo maravilloso!

—¿Ves qué hábilmente está hecho! —dijo Kay—. ¡Esto es mucho más interesante que las flores verdaderas! ¡Y qué precisión! ¡Ni una sola línea incorrecta! ¡Ah, si tan solo no se derretieran!

Poco después, Kay apareció con grandes mitones, con el trineo a la espalda, gritó a Gerda justo al oído: «¡Me han permitido patinar en la gran plaza con otros niños!» y echó a correr.

En la plaza patinaban multitud de niños. Los más valientes ataban sus trineos a los trineos de los campesinos y así recorrían distancias bastante largas. La alegría bullía por doquier. En pleno apogeo de la diversión, aparecieron en la plaza unos grandes trineos pintados de blanco. En ellos iba sentado un hombre, todo envuelto en una pelliza de piel blanca y un gorro igualmente blanco. Los trineos dieron dos vueltas alrededor de la plaza; Kay rápidamente ató a ellos su trineo y se puso en marcha. Los grandes trineos echaron a correr más deprisa y luego giraron desde la plaza hacia un callejón. El hombre que iba sentado en ellos se volvió e hizo a Kay una señal amistosa con la cabeza, como a un conocido. Kay intentó varias veces desatar su trineo, pero el hombre de la pelliza le hacía señas con la cabeza, y él continuó avanzando. Así salieron por las puertas de la ciudad. De repente la nieve comenzó a caer a copos, oscureció tanto que a su alrededor no se veía nada. El niño se apresuró a soltar la cuerda con la que se había enganchado a los grandes trineos, pero su trineo parecía haberse adherido a los grandes trineos y seguía volando como un torbellino. Kay gritó fuerte, ¡nadie lo oyó! La nieve caía, los trineos corrían, zambulléndose en los ventisqueros, saltando sobre cercas y zanjas. Kay temblaba todo, quiso rezar el «Padre Nuestro», pero en su mente solo daba vueltas la tabla de multiplicar.

Los copos de nieve seguían creciendo y al final se convirtieron en grandes gallinas blancas. De repente se dispersaron hacia los lados, los grandes trineos se

detuvieron, y el hombre que iba sentado en ellos se levantó. Era una mujer alta, esbelta, deslumbrantemente blanca: la Reina de las Nieves; tanto su pelliza como su gorro eran de nieve.

—¡Hemos hecho un buen viaje! —dijo ella—. Pero estás completamente helado. ¡Sube dentro de mi pelliza!

Y, tras sentar al niño en su trineo, lo envolvió en su pelliza; Kay fue como si se hundiera en un montón de nieve.

—¿Todavía tienes frío? —preguntó ella, y lo besó en la frente.

¡Uf! Su beso era más frío que el hielo, lo penetró de frío hasta lo más hondo y llegó hasta el mismo corazón, que ya de por sí estaba medio helado. Por un instante a Kay le pareció que iba a morir, pero, por el contrario, se sintió mejor, incluso dejó completamente de tener frío.

—¡Mis trineos! ¡No olvides mis trineos! —se acordó ante todo de los trineos.

Y los trineos fueron atados a la espalda de una de las gallinas blancas, que voló con ellos detrás de los grandes trineos. La Reina de las Nieves besó a Kay una vez más, y él olvidó tanto a Gerda como a su abuela y a toda su familia.

—¡Ya no te besaré más! —dijo ella—. ¡O te besaré hasta la muerte!

Kay la miró: ¡era tan hermosa! No podía imaginarse un rostro más inteligente y encantador. Ahora ya no le parecía helada, como aquella vez cuando se sentaba tras la ventana y le hacía señas con la cabeza; ahora le parecía la perfección. Ya no le tenía ningún miedo y le contó que conocía las cuatro operaciones de la aritmética, e incluso con fracciones, sabía cuántas millas cuadradas y habitantes había en cada país, y ella solo sonreía en respuesta. Y entonces a él le pareció que realmente sabía poco, y clavó la mirada en el espacio aéreo infinito. En ese mismo instante la Reina de las Nieves se elevó con él hacia una nube oscura y plomiza, y echaron a volar. La tormenta aullaba y gemía, como si cantara antiguas canciones; volaban sobre bosques y lagos, sobre mares y tierra firme; bajo ellos soplaban vientos fríos, aullaban lobos, centelleaba la nieve, volaban graznando cuervos negros, y sobre ellos brillaba una gran luna clara. Kay la contempló toda la larga, larguísima noche de invierno; durante el día dormía a los pies de la Reina de las Nieves.

EL JARDÍN DE FLORES DE LA MUJER QUE SABÍA HECHIZARAR

Cuento tercero

¿Y qué fue de Gerda cuando Kay no regresó? ¿Y adónde había ido? Nadie lo sabía, nadie pudo dar noticia alguna sobre él. Los niños solo contaron que lo habían visto atar su trineo a unos grandes y magníficos trineos, que luego giraron hacia un callejón y salieron por las puertas de la ciudad. Nadie sabía adónde había ido. Se derramaron muchas lágrimas por él; Gerda lloró amarga y largamente. Finalmente decidieron que había muerto, ahogado en el río que corría tras la ciudad. Largos se arrastraron los sombríos días de invierno.

Pero llegó la primavera, asomó el sol.

—¡Kay ha muerto y no volverá jamás! —dijo Gerda.

—¡No lo creo! —respondió la luz solar.

—¡Ha muerto y no volverá jamás! —repitió ella a las golondrinas.

—¡No lo creemos! —respondieron ellas.

Al final, la propia Gerda dejó de creerlo.

—¡Me pondré mis nuevos zapatitos rojos: Kay aún no los ha visto ni una sola vez!

—dijo una mañana—, ¡e iré al río a preguntar por él!

Era todavía muy temprano; besó a su abuela dormida, se calzó los zapatitos rojos y corrió sola, completamente sola, fuera de la ciudad, directamente hacia el río.

—¿Es verdad que te has llevado a mi hermano adoptivo? ¡Te regalaré mis zapatitos rojos si me lo devuelves!

Y a la niña le pareció que las olas le hacían señas de manera extraña; entonces se quitó sus zapatitos rojos, su primer tesoro, y los arrojó al río. Pero cayeron justo junto a la orilla, y las olas inmediatamente los devolvieron a tierra; el río como si no quisiera tomar de la niña su mejor tesoro, pues no podía devolverle a Kay. La niña pensó que no había arrojado los zapatitos muy lejos, subió a una barca que se mecía entre los juncos, se puso justo en el borde de la popa y arrojó de nuevo los zapatos al agua. La barca no estaba amarrada y se apartó de la orilla. La niña quiso saltar rápidamente a tierra, pero mientras se abría paso desde la popa hacia la proa, la barca ya se había alejado de la orilla una vara entera y corría velozmente corriente abajo.

Gerda se asustó terriblemente y empezó a llorar y gritar, pero nadie, salvo los gorriones, oyó sus gritos; los gorriones, sin embargo, no podían llevarla a tierra y solo volaban tras ella a lo largo de la orilla y piaban, como queriendo consolarla: «¡Estamos aquí! ¡Estamos aquí!»

La barca era arrastrada cada vez más lejos; Gerda permanecía sentada quieta, solo con medias; sus zapatitos rojos flotaban tras la barca, pero no podían alcanzarla.

Las orillas del río eran muy hermosas; por todas partes se veían flores maravillosas, árboles altos y frondosos, prados donde pastaban ovejas y vacas, pero en ninguna parte se veía alma humana.

«¡Quizás el río me lleva hacia Kay!» pensó Gerda, se animó, se puso de pie y durante mucho, mucho tiempo contempló las bellas orillas verdes. Pero he aquí que llegó a un gran cerezal, en cuyo interior se cobijaba una casita con vidrieras de colores en las ventanas y techo de paja. Junto a la puerta había dos soldados de madera que presentaban armas con sus fusiles a todo aquel que pasaba flotando.

Gerda les gritó: los tomó por seres vivos, pero ellos, naturalmente, no le respondieron. Entonces se acercó aún más a ellos, la barca se aproximó casi hasta la misma orilla, y la niña gritó aún más fuerte. De la casita salió, apoyándose en un bastón, una viejecita ancianísima, con un gran sombrero de paja pintado con flores maravillosas.

—¡Ay, pobrecita mía! —dijo la viejecita—. ¿Cómo has llegado a un río tan grande y rápido y te has metido tan lejos?

Con estas palabras, la viejecita entró en el agua, enganchó la barca con su bastón, la atrajo hacia la orilla y hizo bajar a Gerda.

Gerda estaba radiante de alegría por encontrarse finalmente en tierra firme, aunque temía un poco a la anciana desconocida.

—Bueno, vamos, y cuéntame quién eres y cómo has llegado hasta aquí —dijo la viejecita.

Gerda comenzó a contarle todo, y la viejecita meneaba la cabeza y repetía: «¡Hmm! ¡Hmm!» Pero cuando la niña terminó y preguntó a la anciana si había visto a Kay, esta respondió que él aún no había pasado por allí, pero que seguramente pasaría, de modo que a la niña

hasta que no hay de qué lamentarse; que pruebe mejor las cerezas y admire las flores que crecen en el jardín: ¡son más hermosas que las pintadas en cualquier libro con ilustraciones y todas saben contar cuentos! Entonces la anciana tomó a Gerda de la mano, la llevó a su casita y cerró la puerta con llave.

Las ventanas estaban muy altas respecto al suelo y todas hechas de vidrios de colores: rojos, azules y amarillos; conforme a esto, la habitación misma estaba iluminada por una luz sorprendentemente brillante, irisada. Sobre la mesa había

una cestita con maravillosas cerezas, y Gerda podía comer cuantas quisiera; mientras ella comía, la anciana le peinaba el cabello con un peinecito de oro. El cabello se rizaba en bucles y rodeaba el fresquito rostro redondo de la niña, semejante a una rosa, con un resplandor dorado.

—¡Hace mucho que deseaba tener una niñita tan mona! —dijo la anciana—. ¡Ya verás qué bien viviremos juntas!

Y continuó peinando los rizos de la niña, y cuanto más los peinaba, más olvidaba Gerda a su hermano adoptivo Kay: la anciana sabía hacer brujería. No era una bruja malvada y solo hechizaba de vez en cuando, para su propio deleite; ahora же le había entrado un gran deseo de quedarse con Gerda. Así pues, fue al jardín, tocó con su bastón todos los arbustos de rosas, y éstos, tal como estaban en plena floración, se hundieron todos profundamente, profundamente en la tierra, sin dejar rastro alguno. La anciana temía que Gerda, al ver las rosas, recordara las suyas propias, y luego a Kay, y escapara de ella.

Una vez hecho su trabajo, la anciana llevó a Gerda al florido jardín. Los ojos de la niña se deslumbraron: allí había flores de todas clases y de todas las estaciones del año. ¡Qué belleza, qué fragancia! En todo el mundo no podría encontrarse un libro con ilustraciones más abigarrado y hermoso que este jardín floral. Gerda saltaba de alegría y jugaba entre las flores hasta que el sol se puso tras los altos cerezos. Entonces la acostaron en una camita maravillosa con edredones de seda roja, rellenos de violetas azules; la niña se durmió, y tuvo sueños tales como solo puede tener una reina el día de su boda.

Al día siguiente permitieron de nuevo a Gerda jugar al sol. Así pasaron muchos días. Gerda conocía cada florecilla del jardín, pero, por muchas que hubiera, siempre le parecía que faltaba alguna, ¿pero cuál? Una vez estaba sentada examinando el sombrero de paja de la anciana, adornado con flores pintadas; la más hermosa de ellas era precisamente una rosa: la anciana había olvidado borrarla. ¡He ahí lo que significa la distracción!

—¡Cómo! ¿Aquí no hay rosas? —dijo Gerda, y al instante echó a correr buscándolas por todo el jardín: ¡no había ni una!

Entonces la niña se dejó caer al suelo y lloró. Las cálidas lágrimas cayeron justamente sobre el lugar donde antes había estado uno de los arbustos de rosas, y apenas humedecieron la tierra, el arbusto brotó de ella al instante, tan fresco y floreciente como antes. Gerda lo abrazó con sus manitas, comenzó a besar las rosas y recordó aquellas maravillosas rosas que florecían en su casa, y junto con ellas, a Kay.

—¡Cómo me he demorado! —dijo la niña—. ¡Tengo que buscar a Kay!... ¿Sabéis dónde está? —preguntó a las rosas—. ¿Creéis acaso que ha muerto y no volverá jamás?

—¡No ha muerto! —dijeron las rosas—. Nosotros estuvimos bajo la tierra, donde están todos los muertos, pero Kay no estaba entre ellos.

—¡Gracias! —dijo Gerda, y fue hacia otras flores, mirando dentro de sus cálices y preguntando: «¿Sabéis dónde está Kay?»

Pero cada flor se calentaba al sol y solo pensaba en su propio cuento o historia; Gerda escuchó muchos, pero ninguna de las flores dijo ni una palabra sobre Kay.

¿Qué le contó entonces el lirio de fuego?

—¿Oyes cómo suena el tambor? ¡Bum! ¡bum! Los sonidos son muy monótonos: ¡bum! ¡bum! Escucha pues el canto melancólico de las mujeres! ¡Escucha los gritos de los sacerdotes!... Vestida con un largo atuendo rojo, una viuda hindú permanece sobre la pira funeraria. Las llamas la envuelven a ella y al cuerpo de su esposo difunto, pero ella piensa en él vivo: en él, cuya mirada abrasaba su corazón más fuerte que el fuego que ahora reducirá su cuerpo a cenizas. ¿Acaso la llama del corazón puede apagarse en el fuego de la pira?

—¡No entiendo nada! —dijo Gerda.

—¡Este es mi cuento! —respondió el lirio de fuego. ¿Qué contó la campanilla trepadora?

—Un estrecho sendero de montaña conduce a un antiguo castillo caballeresco que se eleva orgulloso sobre una roca. Las viejas paredes de ladrillo están densamente cubiertas de hiedra. Sus hojas se aferran al balcón, y en el balcón está una muchacha encantadora; se inclina sobre la barandilla y mira hacia el camino. La muchacha es más fresca que una rosa, más etérea que la flor del manzano mecida por el viento. ¡Cómo cruje su vestido de seda! ¿Es posible que él no venga?

—¿Hablas de Kay? —preguntó Gerda.

—¡Cuento mi propia historia, mis propios ensueños! —respondió la campanilla trepadora. ¿Qué contó el pequeño copo de nieve?

—Entre los árboles se balancea una larga tabla: es un columpio. Sobre la tabla están sentadas dos niñas monísimas; sus vestiditos son blancos como la nieve, y en sus sombreros ondean largas cintas de seda verde. Un hermanito, mayor que ellas, está detrás de las hermanas, sujetando las cuerdas con los dobleces de los codos; en sus manos tiene: en una, una tacita con agua jabonosa, en la otra, una

pipita de arcilla. Él sopla burbujas, la tabla se balancea, las burbujas vuelan por el aire, reflejando al sol todos los colores del arcoíris. He aquí que una queda colgando del extremo de la pipita y se mece con el soplo del viento. Una perrita negrita, ligera como una burbuja de jabón, se alza sobre sus patas traseras y apoya las delanteras sobre la tabla, pero la tabla sale disparada hacia arriba, la perrita cae, ladra y se enfada. Los niños la provocan, las burbujas estallan... La tabla que se balancea, la espuma que vuela por el aire: ¡esa es mi canción!

—Puede que sea buena, pero ¡hablas todo esto con un tono tan triste! ¡Y otra vez ni una palabra sobre Kay!

¿Qué dirán los jacintos?

—Érase que se era tres esbeltas y etéreas hermanas bellísimas. Una llevaba vestido rojo, otra azul, la tercera completamente blanco. Brazo con brazo bailaban bajo la clara luz de la luna junto a un lago tranquilo. No eran elfos, sino muchachas de verdad. En el aire se difundió un dulce aroma, y las muchachas desaparecieron en el bosque. He aquí que el aroma se volvió aún más fuerte, aún más dulce: desde la espesura del bosque emergieron tres ataúdes; en ellos yacían las bellísimas hermanas, y alrededor de ellas revoloteaban, como vivas lucecillas, luciérnagas brillantes. ¿Duermen las muchachas o han muerto? El aroma de las flores dice que han muerto. La campana vespertina dobla por las difuntas.

—¡Me habéis llenado de tristeza! —dijo Gerda—. ¡Vuestras campanillas también huelen tan fuerte!... ¡Ahora no puedo sacarme de la cabeza a las muchachas muertas! ¡Ay, ¿acaso también Kay ha muerto?! Pero las rosas estuvieron bajo la tierra y dicen que él no está allí.

—¡Ding-dang! —tintinearón las campanillas de los jacintos—. ¡No doblamos por Kay! ¡Ni siquiera lo conocemos! ¡Cantamos nuestra propia canción; otra no sabemos!

Y Gerda fue hacia el diente de león dorado, que resplandecía en la hierba verde y brillante.

—¡Tú, pequeño y claro sol! —le dijo Gerda—. Dime, ¿sabes acaso dónde debo buscar a mi hermano adoptivo?

El diente de león brilló aún más intensamente y miró a la niña. ¿Qué canción le cantó entonces? ¡Ay! ¡Tampoco en esta canción se decía ni una palabra sobre Kay!

—La temprana primavera, sobre un pequeño patio brilla amablemente el claro sol de Dios. Las golondrinas vuelan cerca del muro blanco, lindero con el patio de los vecinos. De la hierba verde asoman las primeras florecillas amarillentas,

centelleando al sol como oro. Al patio sale a sentarse una abuelita anciana; he aquí que llega de visita su nieta, una pobre sirvienta, y besa fervorosamente a la anciana. El beso de la muchacha vale más que el oro: va directo del corazón. Oro en sus labios, oro en el corazoncito, oro también en el cielo en la hora matutina. ¡Eso es todo! —dijo el diente de león.

—¡Mi pobre abuelita! —suspiró Gerda—. ¡Cuánto me echa de menos, cuánto sufre por mí! ¡No menos de lo que sufría por Kay! Pero pronto volveré y lo traeré conmigo. No hay que preguntar más a las flores: de ellas nada se puede sacar, ¡solo conocen sus propias canciones!

Y se arremangó la faldita más arriba, para poder correr mejor, pero cuando quiso saltar sobre el lirio amarillo, éste la azotó en las piernas. Gerda se detuvo, miró la larga flor y preguntó:

—¿Tal vez tú sabes algo? Y se inclinó hacia él, esperando respuesta. ¿Qué dijo entonces el lirio amarillo?

—¡Me veo a mí misma! ¡Me veo a mí misma! ¡Oh, qué fragante soy!... Muy, muy alto, en un pequeño cuartucho, justo bajo el techo, está una bailarina medio vestida. Ora se equilibra sobre una pierna, ora vuelve a firmarse sobre ambas y con ellas pisotea todo el mundo, pues ella es un engaño visual. He aquí que vierte de una tetera agua sobre algún trozo blanco de tela que sostiene en sus manos. Este es su corsé. La pureza es la mejor

¡Qué belleza! Una faldita blanca cuelga de un clavo hincado en la pared; ¡la falda también ha sido lavada con agua del hervidor y secada en el tejado! He aquí que la muchacha se viste y se ata al cuello un pañuelo de un amarillo brillante, que realza aún más la blancura del vestidito. ¡De nuevo una piernecita se eleva hacia el aire! ¡Mira qué recta está sobre la otra, exactamente como una flor sobre su tallito! ¡Me veo a mí misma, me veo a mí misma!

—¡A mí eso me importa muy poco! —dijo Gerda—. ¡No tengo por qué escuchar relatos sobre esto!

Y echó a correr fuera del jardín.

La puerta estaba cerrada solo con un cerrojo; Gerda tiró del oxidado pasador, este cedió, la puerta se abrió, y la niña, así, descalza, emprendió la carrera por el camino. Tres veces miró hacia atrás, pero nadie la perseguía. Por fin se cansó, se sentó sobre una piedra y miró a su alrededor: el verano ya había pasado, fuera reinaba un otoño tardío, ¡pero en el maravilloso jardín de la anciana, donde el sol brillaba eternamente y florecían flores de todas las estaciones, nada de esto se notaba!

—¡Dios mío! ¡Cuánto me he demorado! ¡Ya es otoño fuera! ¡No es momento para descansar! —dijo Gerda, y nuevamente se puso en camino.

¡Ay, cómo le dolían sus pobres y cansadas piernecitas! ¡Qué frío y húmedo estaba el aire! Las hojas de los sauces se habían vuelto completamente amarillas, la niebla se posaba sobre ellas en grandes gotas y resbalaba hasta el suelo; las hojas caían a montones. Solo un espino permanecía cubierto de bayas astringentes y ásperas. ¡Qué gris y triste parecía todo el mundo blanco!

EL PRÍNCIPE Y LA PRINCESA

Cuento cuarto

Gerda tuvo que sentarse de nuevo para descansar. Sobre la nieve, justo frente a ella, saltaba un gran cuervo; la miró larguísimo tiempo, asintiendo con la cabeza, y por fin habló:

—¡Cuac, cuac! ¡Buenos días!

No podía pronunciar palabras humanas con mayor claridad, pero, evidentemente, deseaba el bien a la niña y le preguntó adónde iba vagando sola por el mundo. Las palabras «sola por el mundo» Gerda las entendió perfectamente y sintió de inmediato todo su significado. Después de contar al cuervo toda su vida, la niña le preguntó si había visto a Kay.

El cuervo meneó la cabeza pensativamente y dijo:

—Puede ser, puede ser.

—¿Cómo? ¿De verdad? —exclamó la niña y casi ahogó al cuervo a besos.

—¡Más despacio, más despacio! —dijo el cuervo—. Creo que ese era tu Kay. ¡Pero ahora seguramente te ha olvidado junto con su princesa!

—¿Acaso vive él con la princesa? —preguntó Gerda.

—¡Pues escucha! —dijo el cuervo—. ¡Solo que me resulta terriblemente difícil hablar en vuestra lengua! Si tú entendieras el lenguaje de los cuervos, te lo contaría todo mucho mejor.

—¡No, eso no me lo han enseñado! —dijo Gerda—. ¡Mi abuela, ella sí que entiende! ¡Ojalá yo también supiera!

—¡Bueno, no importa! —dijo el cuervo—. Te lo contaré como pueda, aunque sea malamente. Y contó todo lo que él mismo sabía.

—En el reino donde nos encontramos tú y yo hay una princesa tan lista que no hay palabras para describirlo. ¡Ha leído todos los periódicos del mundo y ya ha olvidado todo lo que leyó; ¡esa es lo lista que es! En cierta ocasión estaba sentada en el trono —y poca diversión hay en ello, según dice la gente—, y tarareaba una canción: «¿Por qué no habría de casarme?». «¡Pues es cierto!». Pensó ella, y le entraron ganas de casarse. Pero como esposo quería elegir a alguien que supiera responder cuando le hablasen, y no a uno que solo supiera darse importancia: ¡eso es tan aburrido! Así que convocaron a todas las damas de la corte al sonido de los tambores y les anunciaron la voluntad de la princesa. Todas quedaron muy contentas y dijeron: «¡Esto sí que nos gusta! ¡Nosotras mismas hemos pensado en ello recientemente!». ¡Todo esto es pura verdad! —añadió el cuervo—. Tengo una novia en la corte, es doméstica; de ella lo sé todo.

Su novia era una corneja.

—Al día siguiente todos los periódicos salieron con un borde de corazones y con las iniciales de la princesa. En los periódicos se anunciaba que cualquier joven de agradable apariencia podía presentarse en el palacio y conversar con la princesa; y a aquel que se comportara con total naturalidad, como en su propia casa, y resultara ser el más elocuente, ¡la princesa lo elegiría como esposo! ¡Sí, sí! —repitió el cuervo—. ¡Todo esto es tan cierto como que estoy sentado aquí delante de ti! El pueblo acudió al palacio en masa, hubo empujones y aglomeración, pero no se logró nada ni el primer día ni el segundo. En la calle todos los pretendientes hablaban excelentemente, pero apenas cruzaban el umbral del palacio, veían a la guardia toda plateada y a los lacayos vestidos de oro, y entraban en aquellos enormes salones inundados de luz, les entraba tal pavor que... Se acercaban al trono donde estaba sentada la princesa y solo repetían sus últimas palabras, ¡cuando ella precisamente no quería eso! ¡De verdad, parecía que a todos los habían embriagado con beleño! Y al salir por las puertas recuperaban de nuevo el don de la palabra. Desde las mismas puertas hasta la entrada del palacio se extendía una larguísima cola de pretendientes. ¡Yo mismo estuve allí y lo vi! Los pretendientes tenían hambre y sed, pero desde el palacio no les daban ni un vaso de agua. Es cierto que los más listos se habían provisto de bocadillos, pero los previsores no compartían con sus vecinos, pensando para sus adentros: «¡Que pasen hambre, que se debiliten; así la princesa no los elegirá!».

—Bueno, ¿y Kay, Kay? —preguntó Gerda—. ¿Cuándo llegó él? ¿También vino a pedir la mano?

—¡Espera! ¡Espera! ¡Justo ahora llegamos a él! Al tercer día apareció un hombrecillo, ni en carruaje ni a caballo, sino simplemente a pie, y entró

directamente en el palacio. Sus ojos brillaban como los tuyos; tenía el cabello largo, pero iba vestido pobremente.

—¡Ese es Kay! —se alegró Gerda—. ¡Así que lo he encontrado! —Y aplaudió con las manos.

—¡Llevaba un hatillo a la espalda! —continuó el cuervo.

—¡No, esos debían ser sus trineos! —dijo Gerda—. ¡Se fue de casa con los trineos!

—¡Muy posible! —dijo el cuervo—. No lo distinguí bien. Pues bien, mi novia me contó que, al entrar por las puertas del palacio y ver a la guardia plateada y en las escaleras a los lacayos vestidos de oro, no se turbó lo más mínimo, asintió con la cabeza y dijo: «Debe de ser aburrido estar aquí de pie en la escalera; mejor entraré en las habitaciones». Todos los salones estaban inundados de luz; los dignatarios paseaban descalzos, llevando platos de oro: ¡no podía haber mayor solemnidad! Y sus botas chirriaban estrepitosamente, pero ni por eso se turbó.

—¡Ese es seguramente Kay! —exclamó Gerda—. ¡Sé que llevaba botas nuevas! ¡Yo misma oí cómo chirriaban cuando venía a casa de la abuela!

—Sí, chirriaban bastante —continuó el cuervo—. Pero se acercó valientemente a la princesa; ella estaba sentada sobre una perla del tamaño de un huso, y alrededor se hallaban las damas y caballeros de la corte con sus doncellas, las criadas de las doncellas, los ayuda de cámara, los sirvientes de los ayuda de cámara y el mozo de los sirvientes de los ayuda de cámara. Cuanto más lejos estaba alguien de la princesa y más cerca de las puertas, con mayor importancia y altivez se comportaba. Al mozo de los sirvientes de los ayuda de cámara, que estaba justo en las puertas, ni siquiera se le podía mirar sin temor: ¡tan importante era!

—¡Qué miedo! —dijo Gerda—. ¿Y Kay se casó al fin con la princesa?

—Si no fuera cuervo, yo mismo me habría casado con ella, aunque estoy comprometido. Él entabló conversación con la princesa y habló tan bien como yo cuando hablo en lenguaje de cuervos; al menos eso es lo que me dijo mi novia. En general se comportó con mucha naturalidad y agrado, y declaró que no había venido a pedir la mano, sino solo a escuchar las inteligentes palabras de la princesa. Bueno, pues a ella le gustó él, y a él le gustó ella.

—Sí, sí, ¡ese es Kay! —dijo Gerda—. ¡Es tan inteligente! ¡Sabía las cuatro operaciones de la aritmética, e incluso con fracciones! ¡Ah, llévame al palacio!

—Fácil es decirlo —respondió el cuervo—, ¿pero cómo hacerlo? Espera, hablaré con mi novia; ella ideará algo y nos aconsejará. ¿Crees que te dejarán entrar así,

directamente, en el palacio? ¡Claro que no, no dejan entrar tan fácilmente a niñas como tú!

—¡A mí me dejarán entrar! —dijo Gerda—. ¡Con tal de que Kay oiga que estoy aquí, vendría corriendo inmediatamente a buscarme!

—¡Espérame aquí junto a la verja! —dijo el cuervo, sacudió la cabeza y echó a volar.

Regresó ya entrada la tarde y graznó:

—¡Cuac, cuac! Mi novia te envía mil reverencias y este pequeño panecillo. Lo robó en la cocina; allí hay muchos, y tú, seguro, tienes hambre... Bueno, al palacio no puedes entrar: vas descalza; la guardia plateada y los lacayos vestidos de oro no te dejarán pasar bajo ningún concepto. Pero no llores, de todos modos lograrás entrar. Mi novia sabe cómo llegar a la alcoba de la princesa por la entrada de servicio y sabe dónde conseguir la llave.

Así entraron en el jardín, caminaron por largos senderos cubiertos de hojas otoñales amarillentas y, cuando todas las lucecillas de las ventanas del palacio se apagaron una tras otra, el cuervo condujo a la niña hasta una pequeña entreabierta portezuela.

¡Oh, cómo latía su corazoncito

¡De miedo y de alegre impaciencia! Ciertamente parecía que iba a hacer algo malo, ¡cuando solo quería saber si allí estaba su Kay! Sí, sí, ¡seguro que estaba allí! Tan vivamente se imaginaba sus ojos inteligentes, su largo cabello, su sonrisa... ¡Cómo le sonreía cuando solían sentarse juntos bajo los arbustos de rosas! ¡Y cómo se alegraría ahora al verla, al oír qué largo camino había emprendido por él, al saber cuánto habían sufrido por él todos en casa! Ay, estaba simplemente fuera de sí de miedo y de alegría.

Pero ya estaban en el rellano de la escalera; sobre el armario ardía una lamparilla, y en el suelo estaba sentada la corneja domesticada, mirando a su alrededor. Gerda hizo una reverencia y saludó, tal como le había enseñado su abuela.

—Mi prometido me ha contado tantas cosas buenas de usted, señorita —dijo la corneja domesticada—. «La historia de su vida», como suele decirse, es también muy conmovedora. ¿Querría tomar la lámpara? Yo iré delante. Iremos por el camino directo; ¡allí no encontraremos a nadie!

—¡Me parece que alguien viene detrás de nosotros! —dijo Gerda, y en ese mismo instante pasaron junto a ella con ligero ruido unas sombras: caballos con crines ondeantes y patas delgadas, cazadores, damas y caballeros montados.

—¡Son sueños! —dijo la corneja domesticada—. Vienen para llevarse los pensamientos de las altas personalidades a la caza. Tanto mejor para nosotros: ¡podremos examinar más cómodamente a los durmientes! Sin embargo, espero que, al entrar en gracia, demuestre que tiene un corazón agradecido.

—¡Hay de qué hablar! ¡Por supuesto que sí! —dijo el cuervo del bosque.

Entonces entraron en la primera sala, toda revestida de raso rosa bordado con flores. Una vez más los sueños pasaron velozmente junto a la niña, pero tan deprisa que no tuvo tiempo ni de distinguir a los jinetes. Una sala era más magnífica que otra; daba verdadero vértigo. Finalmente llegaron al dormitorio: el techo recordaba la copa de una enorme palmera con preciosas hojas de cristal; desde su centro descendía un grueso tallo de oro, del cual colgaban dos camas en forma de lirios. Una era blanca; en ella dormía la princesa. La otra era roja, y en ella Gerda esperaba encontrar a Kay. La niña apartó suavemente uno de los pétalos rojos y vio una nuca castaña oscura. ¡Era Kay! Lo llamó en voz alta por su nombre y acercó la lámpara hasta su propio rostro. Los sueños huyeron con estrépito; el príncipe despertó y volvió la cabeza... ¡Ay, no era Kay!

El príncipe solo se le parecía por la nuca, pero era igualmente joven y hermoso. Del lirio blanco asomó la princesa y preguntó qué ocurría. Gerda lloró y contó toda su historia, mencionando también lo que los cuervos habían hecho por ella...

—¡Ay, pobre criatura! —dijeron el príncipe y la princesa, alabaron a los cuervos, declararon que no guardaban rencor alguno contra ellos —solo que no volviesen a hacerlo en adelante—, e incluso quisieron recompensarlos.

—¿Queréis ser aves libres? —preguntó la princesa—. ¿O deseáis ocupar el cargo de cuervos de corte con manutención completa a base de sobras de cocina?

El cuervo y la corneja hicieron una reverencia y pidieron el cargo en la corte —pensaron en la vejez— y dijeron:

—¡Es bueno tener un pedazo de pan seguro en los años de la vejez!

El príncipe se levantó y cedió su cama a Gerda; por el momento nada más podía hacer por ella. Ella juntó sus manitas y pensó: «¡Qué buenos son todos, hombres y animales!», cerró los ojitos y se durmió dulcemente. Los sueños volvieron a volar hacia el dormitorio, pero ahora parecían ángeles de Dios y llevaban en pequeños

trineos a Kay, quien asentía con la cabeza hacia Gerda. ¡Ay! Todo aquello fue solo un sueño y desapareció tan pronto como la niña despertó.

Al día siguiente la vistieron de pies a cabeza en seda y terciopelo y le permitieron quedarse en el palacio todo el tiempo que deseara. La niña podría haber vivido allí felizmente, pero solo permaneció unos pocos días y comenzó a pedir que le dieran un carruaje con caballo y un par de zapatos, pues quería volver a lanzarse por el mundo blanco en busca de su hermano adoptivo.

Le dieron zapatos, un manguito y un vestido maravilloso, y cuando se despidió de todos, llegó a las puertas un carruaje dorado con escudos del príncipe y la princesa que brillaban como estrellas; en las cabezas del cochero, los lacayos y los postillones —también le dieron postillones— lucían pequeñas coronas de oro. El príncipe y la princesa mismos acomodaron a Gerda en el carruaje y le desearon un feliz viaje. El cuervo del bosque, que ya se había casado, acompañó a la niña durante las primeras tres millas y viajó en el carruaje junto a ella —no podía viajar de espaldas a los caballos—. La corneja domesticada estaba sentada sobre las puertas y batía las alas. No viajó para acompañar a Gerda porque sufría dolores de cabeza desde que obtuvo el cargo en la corte y comía demasiado. El carruaje estaba atiborrado de rosquillas de azúcar, y el cofre bajo el asiento, de frutas y pan de jengibre.

—¡Adiós! ¡Adiós! —gritaron el príncipe y la princesa.

Gerda lloró, la corneja también. Así recorrieron las primeras tres millas. Allí se despidió de la niña también el cuervo. ¡Fue una despedida dolorosa! El cuervo voló hacia un árbol y agitó sus negras alas hasta que el carruaje, brillante como el sol, desapareció de la vista.

LA PEQUEÑA BANDOLERA

Cuento quinto

Así Gerda entró en un bosque oscuro, pero el carruaje brillaba como el sol y de inmediato llamó la atención de los bandidos. No pudieron resistirse y se abalanzaron sobre él gritando: «¡Oro! ¡Oro!», sujetaron los caballos por las bridas, mataron a los pequeños jockeys, al cochero y a los sirvientes, y sacaron a Gerda del carruaje.

—¡Vaya qué lindita y gordita está! ¡Criada a base de nueces! —dijo la vieja bandolera, con una larga barba áspera y cejas pobladas y colgantes—. ¡Gordita como tu corderito! Veamos, ¿qué tal sabrá?

Y sacó un cuchillo afilado y reluciente. ¡Qué horror!

—¡Ay! —gritó de repente: su propia hija, que estaba sentada a su espalda y era tan indómita y caprichosa que daba gusto, le había mordido la oreja.

—¡Ah, muchacha mala! —gritó la madre, pero no tuvo tiempo de matar a Gerda.

—¡Ella jugará conmigo! —dijo la pequeña bandolera—. ¡Me dará su manguito, su vestidito bonito y dormirá conmigo en mi camita!

Y la niña volvió a morder a su madre con tal fuerza que esta dio un salto y comenzó a girar sobre sí misma. Los bandidos rompieron a reír:

—¡Miren cómo salta con su muchacha!

—¡Quiero subir al carruaje! —gritó la pequeña bandolera e insistió en su deseo: era terriblemente mimada y terca.

Se sentaron con Gerda en el carruaje y galoparon entre tocones y baches hacia lo profundo del bosque. La pequeña bandolera tenía la misma estatura que Gerda, pero era más fuerte, más ancha de hombros y mucho más morena. Sus ojos eran completamente negros, pero de alguna manera tristes. Abrazó a Gerda y dijo:

—No te matarán mientras yo no me enfade contigo. ¿Eres acaso una princesa?

—¡No! —respondió la niña, y contó lo que había tenido que sufrir y cuánto amaba a Kay.

La pequeña bandolera la miró seriamente, asintió ligeramente con la cabeza y dijo:

—No te matarán aunque yo me enfade contigo; ¡mejor te mataré yo misma!

Y le secó las lágrimas a Gerda, luego escondió ambas manos en su manguito bonito, suave y cálido.

Entonces el carruaje se detuvo; entraron en el patio del castillo de los bandidos. Todo él estaba lleno de enormes grietas; de ellas salían volando cuervos y más cuervos; de algún lugar saltaron enormes bulldogs que miraban tan fieramente como si quisieran devorarlos a todos, pero no ladraban —eso les estaba prohibido.

En medio de un enorme salón con paredes medio derruidas, cubiertas de hollín, y suelo de piedra, ardía un fuego; el humo subía hacia el techo y debía buscarse él mismo la salida; sobre el fuego hervía una sopa en una olla enorme, y en los asadores se asaban liebres y conejos.

—Dormirás conmigo aquí mismo, junto a mi pequeño zoológico —dijo la pequeña bandolera a Gerda.

A las niñas las alimentaron, les dieron de beber, y se retiraron a su rincón, donde había paja extendida cubierta con alfombras. Más arriba, posadas sobre perchas, había más de cien palomas; todas parecían dormir, pero cuando las niñas se acercaron, se movieron ligeramente.

—¡Todos son míos! —dijo la pequeña bandolera, agarró a una paloma por las patas y la sacudió con tal fuerza que esta batió las alas—. ¡Toma, bésalo! —gritó, empujando la paloma directamente contra el rostro de Gerda—. ¡Y aquí están los pilluelos del bosque! —continuó, señalando a dos palomas que estaban sentadas en una pequeña hornacina en la pared, tras una reja de madera—. ¡Estos dos son los pilluelos del bosque! Hay que mantenerlos encerrados, ¡si no, echarán a volar en seguida! ¡Y aquí está mi querido viejecito Bialka! —Y la niña tiró de los cuernos de un reno del norte atado a la pared, con un collar de cobre reluciente—. ¡También hay que mantenerlo en

¡Atalo, si no se escapará! Cada noche le hago cosquillas bajo el cuello con mi cuchillo afilado; ¡le aterra la muerte!

Con estas palabras, la pequeña ladrona sacó de una grieta en la pared un largo cuchillo y lo pasó por el cuello del reno. El pobre animal dio patadas, y la niña soltó una carcajada y arrastró a Gerda hacia la cama.

—¿Acaso duermes con el cuchillo? —le preguntó Gerda, lanzando una mirada oblicua al filo agudo.

—¡Siempre! —respondió la pequeña ladrona—. ¡Quién sabe lo que puede suceder! Pero cuéntame otra vez sobre Kay y cómo emprendiste tu viaje por el mundo blanco.

Gerda contó su historia. Las palomas del bosque en la jaula arrullaban suavemente; las demás palomas ya dormían; la pequeña ladrona rodeó con un brazo el cuello de Gerda —en la otra mano sostenía el cuchillo— y comenzó a roncar, pero Gerda no pudo cerrar los ojos, sin saber si la matarían o la dejarían con vida. Los bandidos estaban sentados alrededor del fuego, cantaban canciones y bebían, mientras la vieja bandida daba volteretas. Era terrible para la pobre niña contemplar aquello.

De repente, las palomas del bosque arrullaron:

—¡Currrr! ¡Currrr! ¡Hemos visto a Kay! Una gallina blanca llevaba sus trineos sobre la espalda, y él iba sentado en el trineo de la Reina de las Nieves. Volaban sobre el bosque cuando nosotros, los polluelos, aún estábamos en el nido; ella sopló sobre nosotros, y todos murieron, excepto nosotros dos. ¡Currrr! ¡Currrr!

—¡Qué decís! —exclamó Gerda—. ¿Adónde voló la Reina de las Nieves? ¿Lo sabéis?

—Seguramente voló a Laponia, pues allí hay nieve y hielo eternos. ¡Pregúntale al reno del norte que está ahí atado!

—Sí, allí hay nieve y hielo eternos: ¡es maravilloso! —dijo el reno del norte—. Allí saltas libremente sobre enormes llanuras de hielo brillante. Allí está desplegada la tienda de verano de la Reina de las Nieves, y sus palacios permanentes están en el Polo Norte, en la isla de Spitsbergen.

—¡Oh Kay, mi querido Kay! —suspiró Gerda.

—¡Quédate quieta entonces! —dijo la pequeña ladrona—. ¡Si no, te clavaré el cuchillo!

Por la mañana, Gerda le contó lo que había escuchado de las palomas del bosque. La pequeña ladrona miró seriamente a Gerda, asintió con la cabeza y dijo:

—Bueno, sea así... ¿Y tú sabes dónde está Laponia? —preguntó luego al reno del norte.

—¿Quién sino yo podría saberlo! —respondió el reno, y sus ojos brillaron—. ¡Allí nací y crecí, allí saltaba sobre las llanuras nevadas!

—¡Entonces escucha! —dijo la pequeña ladrona a Gerda—. Como ves, todos los nuestros se han ido; en casa solo queda madre; dentro de poco beberá de la gran botella y se quedará dormida; entonces haré algo por ti.

En ese instante, la niña saltó de la cama, abrazó a su madre, le tiró de la barba y dijo:

—¡Hola, mi cabritillo querido!

Y la madre le dio varios golpecitos en la nariz, hasta que esta se puso roja y azul, pero todo lo hacía con cariño.

Después, cuando la vieja hubo bebido de su botella y comenzó a roncar, la pequeña ladrona se acercó al reno del norte y dijo:

—Aún podríamos divertirnos mucho tiempo contigo. ¡Eres tan gracioso cuando te hacen cosquillas con un cuchillo afilado! Bueno, sea así. Te desataré y te dejaré en libertad. Puedes huir a tu Laponia, pero debes llevar a esta niña hasta el palacio de la Reina de las Nieves; allí está su hermano adoptivo. Claro que has oído lo que ella contaba. Hablaba bastante alto, y tú siempre tienes las orejas bien alerta.

El reno del norte dio un salto de alegría. La pequeña ladrona subió a Gerda sobre él, la ató firmemente por precaución y colocó debajo de ella una almohadilla blanda para que estuviera más cómoda sentada.

—Sea así —dijo entonces—, toma de nuevo tus botitas de piel, pues hará frío. ¡Pero el manguito me lo quedo yo, es demasiado bonito! Sin embargo, no permitiré que tengas frío: aquí tienes los enormes mitones de mamá, te llegarán hasta los codos. ¡Mete las manos en ellos! Bien, ahora con las manos pareces a mi fea madre.

Gerda lloraba de alegría.

—¡No soporto que lloren! —dijo la pequeña ladrona—. ¡Ahora debes mirar con alegría! Aquí tienes también dos panes y un jamón. ¿Qué? ¡Supongo que no pasarás hambre!

Ambas cosas fueron atadas al reno. Luego, la pequeña ladrona abrió la puerta, atrajo a los perros hacia dentro de la casa, cortó con su cuchillo afilado la cuerda con la que estaba atado el reno y le dijo:

—¡Vamos, rápido! Y cuida bien a la niña.

Gerda extendió ambas manos, cubiertas por los enormes mitones, hacia la pequeña ladrona y se despidió de ella. El reno del norte echó a correr a toda velocidad entre tocones y montículos, por el bosque, los pantanos y las estepas. Los lobos aullaban, los cuervos graznaban, y de pronto el cielo silbó y lanzó columnas de fuego.

—¡He aquí mi aurora boreal natal! —dijo el reno—. ¡Mira cómo arde!

Y corrió más lejos, sin detenerse ni de día ni de noche. Los panes fueron consumidos, el jamón también, y así Gerda llegó a Laponia.

LA LAPONA Y LA FINESA

Relato sexto

El reno se detuvo junto a una mísera choza; el techo descendía hasta el suelo mismo, y la puerta era tan baja que las personas debían gatear para entrar. Dentro vivía una anciana lapona, que asaba pescado a la luz de una lámpara de grasa. El reno del norte contó a la lapona toda la historia de Gerda, pero primero relató la suya propia, pues le parecía mucho más importante. Gerda, entretanto, estaba tan entumecida por el frío que ni siquiera podía hablar.

—¡Ay, pobres criaturas! —dijo la lapona—. ¡Aún os queda un largo camino por delante! Tendréis que recorrer más de cien millas antes de llegar a Finlandia, donde la Reina de las Nieves tiene su residencia de verano y cada noche enciende

fuegos bengalíes azules. Escribiré unas palabras sobre un bacalao seco, pues no tengo papel, y vosotros se lo llevaréis a la finesa, que vive por aquellos lugares y sabrá instruiros mejor que yo sobre qué hacer.

Cuando Gerda se hubo calentado, comido y bebido, la lapona escribió unas palabras sobre el bacalao seco, encargó a Gerda que lo guardara muy bien, luego ató a la niña sobre la espalda del reno, y este volvió a partir a toda carrera. El cielo volvía a silbar y lanzar columnas de maravillosa llama azul. Así llegó el reno con Gerda hasta Finlandia y llamó a la chimenea de la finesa, pues ella ni siquiera tenía puerta.

¡Qué calor hacía en su vivienda! La propia finesa, una mujer bajita y sucia, caminaba semidesnuda. Rápidamente quitó a Gerda toda la ropa, los mitones y las botas, pues de otro modo la niña habría sufrido demasiado calor; colocó un trozo de hielo sobre la cabeza del reno y luego se puso a leer lo que estaba escrito sobre el bacalao seco. Leyó toda palabra por palabra tres veces, hasta aprenderlo de memoria, y después metió el bacalao en la olla de sopa, pues el pescado aún servía para comer, y entre la finesa nada se desperdiciaba inútilmente.

Entonces el reno contó primero su historia y luego la de Gerda. La finesa parpadeaba con sus inteligentes ojillos, pero no decía ni una palabra.

—¡Eres una mujer tan sabia! —dijo el reno—. Sé que puedes atar con un solo hilo los cuatro vientos; cuando el capitán desata uno, sopla viento favorable; desata otro, se desata una tormenta; y si desata el tercero y el cuarto, se levanta tal tempestad que rompe los árboles en astillas. ¿No podrías preparar para la niña una poción que le diera la fuerza de doce héroes? ¡Así podría vencer a la Reina de las Nieves!

—¡La fuerza de doce héroes! —dijo la finesa—. ¿Y de qué serviría eso?

Con estas palabras, tomó de una estantería un gran rollo de cuero y lo desplegó: en él había escritas algunas letras extraordinarias; la finesa comenzó a leerlas y leyó hasta que el sudor la empapó.

El reno volvió a suplicar por Gerda, y la propia Gerda miraba a la finesa con ojos tan suplicantes, llenos de lágrimas, que esta volvió a parpadear, apartó al reno a un lado y, cambiándole el hielo sobre la cabeza, susurró:

—Kay está realmente con la Reina de las Nieves, pero está completamente satisfecho y cree que no podría estar mejor en ningún otro lugar. La causa de todo son los fragmentos del espejo que tiene clavados en el corazón y en el ojo. Hay que extraerlos, de lo contrario nunca volverá a ser humano y la Reina de las Nieves conservará su poder sobre él.

—¿Pero no podrías ayudar de algún modo a Gerda a destruir ese poder?

—No puedo hacerla más fuerte de lo que ya es. ¿Acaso no ves cuán grande es su fuerza? ¿No ves que le sirven tanto hombres como animales? ¡Ha recorrido descalza medio mundo! No es de nosotros de quienes debe tomar prestada su fuerza. La fuerza reside en su dulce e inocente corazón infantil. Si ella misma no logra penetrar en los palacios de la Reina de las Nieves y extraer los fragmentos del corazón de Kay, ¡menos aún podremos ayudarla nosotros! A dos millas de aquí comienza el jardín de la Reina de las Nieves. Lleva allí a la niña, déjala junto al gran arbusto cubierto de bayas rojas y, sin demora, ¡regresa inmediatamente!

Con estas palabras, la finesa subió a Gerda sobre la espalda del reno, y este echó a correr con todas sus fuerzas.

—¡Ay, sin botas abrigadas! ¡Ay, sin manoplas! —gritó Gerda al encontrarse en el frío.

Pero el reno no se atrevió a detenerse hasta llegar a un arbusto con bayas rojas; allí bajó a la niña, la besó en los mismos labios, y de sus ojos rodaron grandes lágrimas brillantes. Luego salió disparado como una flecha hacia atrás. La pobre niña quedó completamente sola en el frío crujiente, sin zapatos, sin manoplas.

Corrió adelante con todas sus fuerzas; hacia ella se lanzaba todo un regimiento de copos de nieve, pero no caían del cielo —el cielo estaba completamente despejado y en él ardía la aurora boreal—, no, corrían por la tierra directamente hacia Gerda y, a medida que se acercaban, se hacían cada vez más grandes y más grandes. Gerda recordó los grandes y hermosos copos bajo la lupa, pero estos eran mucho mayores, más terribles, de las formas y figuras más extraordinarias, y todos vivos. Eran las avanzadillas del ejército de la Reina de las Nieves. Unos recordaban grandes erizos deformes, otros serpientes de cien cabezas, otros ositos gordos con el pelaje erizado. Pero todos brillaban igualmente con su blancura, todos eran copos de nieve vivientes.

Gerda comenzó a rezar el «Padre Nuestro»; hacía tanto frío que el aliento de la niña se convertía inmediatamente en una espesa niebla. Esta niebla se iba espesando y espesando, pero he aquí que de ella comenzaron a destacarse pequeños angelitos luminosos que, al posar sus pies en la tierra, crecían hasta convertirse en grandes y temibles ángeles con yelmos en la cabeza y lanzas y escudos en las manos. Su número aumentaba constantemente, y cuando Gerda terminó la oración, ya se había formado a su alrededor toda una legión. Los ángeles recibieron a los monstruos de nieve sobre sus lanzas, y éstos se desmenuzaron en mil pedazos. Gerda pudo ahora avanzar sin temor: los ángeles le

acariciaban las manos y los pies, y ya no sentía tanto frío. Finalmente, la niña llegó al palacio de la Reina de las Nieves.

Veamos ahora qué ocurría en ese momento con Kay. Él ni pensaba en Gerda, y mucho menos en que ella estuviera a punto de entrar a verlo.

QUÉ OCURRIÓ EN EL PALACIO DE LA REINA DE LAS NIEVES Y QUÉ OCURRIÓ DESPUÉS

Cuento séptimo

Las paredes del palacio de la Reina de las Nieves fueron creadas por la ventisca, las ventanas y las puertas fueron abiertas por los vientos furiosos. Cientos de enormes salones, iluminados por la aurora boreal, se extendían uno tras otro; el más grande se prolongaba durante muchas, muchas millas. ¡Qué frío, qué desierto había en esos palacios blancos y brillantemente resplandecientes! La alegría nunca asomaba por allí. ¡Ojalá al menos alguna vez se organizara una fiesta de osos, con danzas al compás de la música de la tormenta, en la que pudieran distinguirse por su gracia y habilidad para caminar sobre las patas traseras los osos polares, o se formara una partida de cartas, con peleas y disputas, o, finalmente, se reunieran para charlar tomando una taza de café las comadrecitas zorritas blanquitas! No, nunca y nada. ¡Frío, desierto, muerto! La aurora boreal destellaba y ardía con tanta regularidad que se podía calcular con exactitud en qué minuto la luz se intensificaría y en cuál disminuiría. En medio del salón de nieve más grande y desierto se encontraba un lago helado. El hielo se había agrietado en miles de pedazos, maravillosamente lisos y regulares: uno igual que otro. En medio del lago se alzaba el trono de la Reina de las Nieves; en él se sentaba cuando estaba en casa, diciendo que se sentaba sobre el espejo de la razón; según su opinión, éste era el único y mejor espejo del mundo.

Kay estaba completamente azul, casi negro de frío, pero no lo notaba: los besos de la Reina de las Nieves lo habían hecho insensible al frío, y además su propio corazón era un trozo de hielo. Kay jugueteaba con planchas de hielo puntiagudas, colocándolas de todas las maneras posibles. Existe un juego que consiste en formar figuras con tablillas de madera, llamado rompecabezas chino. Kay también componía diversas figuras caprichosas, pero de trozos de hielo, y esto se llamaba el juego de hielo de la razón. A sus ojos, estas figuras eran un prodigio del arte, y el componerlas, una ocupación de primera importancia. Esto ocurría porque en su ojo tenía clavado un fragmento del espejo mágico. Componía con los trozos de hielo palabras enteras, pero de ningún modo lograba formar aquella que especialmente deseaba: la palabra «eternidad». La Reina de las Nieves le había dicho: «Si logras

formar esa palabra, serás tu propio señor, y te regalaré el mundo entero y un par de patines nuevos». Pero él no podía lograrlo de ninguna manera.

—¡Ahora volaré hacia las regiones cálidas! —dijo la Reina de las Nieves—. ¡Echaré un vistazo a las calderas negras!

Con «calderas» llamaba a los cráteres de los volcanes ardientes: el Vesubio y el Etna.

—¡Los blanquearé un poco! ¡Esto va bien después de los limones y las uvas! Y se fue volando, mientras Kay quedó solo en el inmenso salón desierto, mirando los trozos de hielo y pensando, pensando, hasta que le zumbaba la cabeza. Permanecía sentado en un mismo lugar, tan pálido, inmóvil, como si estuviera muerto. Podría pensarse que se había congelado.

Precisamente en ese momento entraba Gerda por las enormes puertas abiertas por los vientos furiosos. Ella rezó la oración de la tarde, y los vientos se calmaron, como si se hubieran dormido. Entró libremente en el enorme y desierto salón de hielo y vio a Kay. La niña lo reconoció inmediatamente, se lanzó a su cuello, lo abrazó fuertemente y exclamó:

—¡Kay, mi querido Kay! ¡Por fin te he encontrado!

Pero él seguía sentado igual de inmóvil y frío. Entonces Gerda lloró; sus lágrimas calientes cayeron sobre su pecho, penetraron en su corazón, derritieron su corteza de hielo y fundieron el fragmento. Kay miró a Gerda, y ella cantó:

Ya florecen las rosas en los valles,
¡el Niño Jesús está con nosotros!

Kay de pronto se deshizo en lágrimas y lloró tan largo tiempo y con tanta fuerza, que el fragmento salió de su ojo junto con las lágrimas. Entonces reconoció a Gerda y se alegró.

—¡Gerda! ¡Mi querida Gerda!... ¿Dónde has estado tú todo este tiempo? ¿Dónde he estado yo mismo? —Y miró a su alrededor—. ¡Qué frío y desierto hay aquí!

Y se apretó fuertemente contra Gerda. Ella reía y lloraba de alegría. Sí, la alegría era tal que incluso los trozos de hielo se pusieron a bailar, y cuando se cansaron, se acostaron y formaron precisamente aquella palabra que la Reina de las Nieves había encargado a Kay que formara; al componerla, él podía convertirse en su propio señor y recibir además de ella como regalo el mundo entero y un par de patines nuevos.

Gerda besó a Kay en ambas mejillas, y ellas volvieron a florecer como rosas; besó sus ojos, y ellos brillaron como los suyos; besó sus manos y sus pies, y él volvió a estar vigoroso y sano. La Reina de las Nieves podía regresar cuando quisiera: su carta de libertad yacía allí, escrita con brillantes letras de hielo.

Kay y Gerda, de la mano, salieron de los desiertos palacios de hielo; caminaban y hablaban de la abuela, de sus rosas, y a su paso se calmaban los vientos furiosos y asomaba el sol. Cuando llegaron al arbusto con bayas rojas, ya los esperaba allí el reno del norte. Había traído consigo a una joven cierva; sus ubres estaban llenas de leche; dio de beber a Kay y a Gerda y los besó directamente en los labios. Luego Kay y Gerda fueron primero donde la finesa, se calentaron con ella y supieron el camino a casa, y después donde la lapona; ésta les cosió vestidos nuevos, arregló su trineo y partió para acompañarlos.

La pareja de renos también acompañó a los jóvenes viajeros hasta la misma frontera de Laponia, donde ya brotaba la primera vegetación verde. Allí Kay y Gerda se despidieron de los renos y de la lapona.

He aquí que ante ellos apareció el bosque. Cantaron los primeros pajarillos, los árboles se cubrieron de brotes verdes. Del bosque, al encuentro de los viajeros, salió montada en un magnífico caballo una joven doncella con una gorrita rojo brillante y pistolas en el cinturón. Gerda reconoció inmediatamente tanto al caballo —había estado antes uncido al carruaje de oro— como a la muchacha. Era la pequeña ladrona: se había aburrido de vivir en casa y quiso visitar el norte, y si allí no le gustaba, iría a otras partes del mundo. Ella también reconoció a Gerda. ¡Qué alegría fue aquélla!

—¡Vaya, vagabundo! —le dijo a Kay—. ¡Me gustaría saber si mereces que corran tras de ti hasta el fin del mundo!

Pero Gerda le dio unas palmaditas en la mejilla y preguntó por el príncipe y la princesa.

—¡Se han ido a tierras extranjeras! —respondió la joven ladrona.

—¿Y el cuervo con la corneja? —preguntó Gerda.

—El cuervo del bosque ha muerto, la corneja doméstica ha quedado viuda, camina con una pluma negra en la pata y se lamenta de su destino. Pero todo eso son tonterías; mejor cuéntame tú qué te ha ocurrido y cómo lo has encontrado.

Gerda y Kay le contaron todo.

—Bueno, ¡aquí termina el cuento! —dijo la joven ladrona, les estrechó las manos y prometió visitarlos si alguna vez pasaba por su ciudad. Luego siguió su camino, y Kay y Gerda el suyo. Caminaban, y por el camino florecían flores primaverales, reverdecía la hierba. He aquí que resonó el tañido de una campana, y reconocieron los campanarios de su ciudad natal. Ellos

Subieron por la conocida escalera y entraron en la habitación, donde todo seguía igual: el reloj hacía tic-tac del mismo modo, la manecilla del reloj se movía de la misma forma. Pero, al pasar por la puerta baja, notaron que durante ese tiempo se habían convertido en adultos. Los frondosos rosales rosados asomaban desde el tejado por la ventana abierta; allí mismo estaban sus sillitas de niños. Kay y Gerda se sentaron cada uno en la suya y se tomaron de las manos. El frío y desierto esplendor de los palacios de la Reina de las Nieves fue olvidado por ellos como un sueño pesado. La abuela estaba sentada al sol y leía en voz alta el Evangelio: «Si no os volvéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos».

Kay y Gerda se miraron mutuamente y solo entonces comprendieron el sentido del antiguo salmo:

Ya florecen las rosas en los valles,
el Niño Jesús está con nosotros aquí.

Así permanecieron sentados uno junto al otro, ambos ya adultos, pero niños de corazón y alma, mientras fuera reinaba un verano cálido y bendito.